

ANJEL LERTXUNDI

# El huésped de la noche

Traducción:  
JORGE GIMÉNEZ BECH



|                    |   |
|--------------------|---|
| Introducción ..... | 9 |
|--------------------|---|

### PRIMERA PARTE

|                                     |    |
|-------------------------------------|----|
| I. El morrión y la encina .....     | 21 |
| II. Un pozo profundo y oscuro ..... | 25 |
| III. El huésped de la noche .....   | 31 |
| IV. La nave varada .....            | 36 |
| V. Olor a almendras .....           | 40 |

### SEGUNDA PARTE

|                          |    |
|--------------------------|----|
| I. El depositario .....  | 47 |
| II. Salvatore .....      | 53 |
| III. Lilith .....        | 58 |
| IV. Andrea Mádalen ..... | 71 |
| V. La hoguera .....      | 79 |

### TERCERA PARTE

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| I. La buhonera .....             | 93  |
| II. El conjuro .....             | 103 |
| III. El medallón .....           | 110 |
| IV. El expulsado del cielo ..... | 122 |
| V. El haz y el envés .....       | 127 |

## Introducción

Era octubre, cuando madura el maíz y el brezo germina. Al alcanzar el sol su cenit, los vendimiadores, apenas una decena, nos reunimos, junto a la chabola del viñedo, para dar cuenta del habitual almuerzo rápido. Tras improvisar una mesa apoyando unos tableros sobre un par de caballetes, nos sentamos en los cestos de vendimiar volteados. El viñador era el único del oficio. El resto de la cuadrilla lo componíamos vecinos, familiares, clientes y amigos de aquél, congregados, año tras año, por el deseo de ayudarlo y de disfrutar del ambiente amistoso que armonizaba la gran diversidad de nuestros oficios y edades. Yo era el más joven del grupo, y estaba allí porque, desde que murió mi padre, viejo amigo del viñador, ocupaba su lugar en la vendimia, cumpliendo así una especie de rito hereditario anual, al que nunca faltaba, aunque para ello tuviera que aplazar mis propias tareas o, incluso, compromisos académicos.

La mujer del viñador nos sirvió unas lonchas de panceta y huevos fritos. Sus sosegados movimientos denotaban una madurez lozana, rejuvenecida por las abundantes pecas de su rostro y por su fácil sonrisa. Era la única mujer del grupo, y algunos de los vendimiadores comenzaron a tomar el pelo a su marido con las pullas de costumbre. Sin embargo, era ella quien, anticipándose a su marido, replicaba, una por una, a las chanzas y chacotas de los comensales. El viñador, con sus inquietos ojos iluminados por una sonrisa aún más inquieta, se limitaba a soportar con resignación las ocurrentes respuestas y los agudos contraataques de su mujer, la cual, devolviendo picardía por torpeza, ironía por socarronería, sal femenina por vinagre masculino, fue haciéndose con el dominio de la situación, hasta que el parloteo de los hombres terminó por extinguirse como la llama de una vela cuando se tapa con un bol.

El viñador llenó de chacolí mi vaso y, libre del desasosiego que a mí me incomodaba, me dio una amistosa palmada en el brazo.

—No pierdes detalle —me recriminó, jovial.

Nos conocíamos desde que, siendo yo niño, mi padre me llevaba con él a la bodega, pero el viñador no se acostumbraba a la curiosidad de una polilla de biblioteca (así me llamaba) como yo. En efecto, yo no dejaba pasar la ocasión de recopilar cualquier información, esencial o accesorio, sobre lo concerniente a la viña: la poda, los injertos, la fermentación del mosto, el aprovechamiento del orujo, los modos antiguos y las técnicas nuevas, los rituales y hablillas de la vendimia..., todo constituía para mí motivo de interés.

Me encogí de hombros, al tiempo que trataba de eludir la réplica con un vago gesto de resignación, y me llevé el vaso a los labios. ¿Qué hubiera podido decirle? ¿Que no me agradan las situaciones equívocas o ambiguas, ni siquiera cuando se amparan en las costumbres, pretendidamente tradicionales, que rodean a la vendimia? ¿O debía, tal vez, echarle en cara que hubiera expuesto a su mujer a un coro tan procaz y que no hubiera hecho nada por defenderla? ¿Quién era yo para fruncir el ceño ante aquel acogedor amigo que siempre me había tratado con la mayor deferencia?

Una ráfaga de viento frío proveniente del mar sacudió el follaje de las parras. Oscuros nubarrones comenzaron a engullir el disco del sol, y los colores de la viña perdieron su brillo. El súbito cambio del tiempo me liberó de la obligación de proseguir la conversación iniciada por el viñador, y, aliviado, vacié mi vaso de un trago.

En ese instante, se oyó un zumbido de abejas proveniente de las zarzas próximas al muro de la viña.

El viñador alzó la cabeza y dirigió la mirada hacia el zarzal. Su mujer lo tomó del brazo. Los comensales, ajenos al súbito cambio de humor de la mujer, comenzaron de nuevo su torneo de pullas, hasta que el viñador, tras dar un fuerte puñetazo sobre la mesa, los mandó callar con un grito. Le temblaban las aletas de la nariz.

Permaneció un buen rato con los dientes apretados y el ceño fruncido, sin apartar la mirada de las zarzas.

El zumbido se hizo más intenso. El viñador se levantó como impulsado por un resorte, y cogió la vara de avellano que reposaba apoyada en la esquina de la chabola. Pensé que se dirigiría hacia el zarzal, pero, en lugar de eso, se puso a examinar minuciosamente el techado y paredes de la chabola. Hurgaba con la punta de su vara en los canalillos y rendijas del tejado, en las juntas de vigas y solivos, en las grietas de la pared...

Su mujer, detrás de él, le señalaba, alzando el brazo y sin pronunciar palabra, las rendijas y huecos que aún no había revisado. Mientras tanto, seguía oyéndose el zumbido de las abejas.

De pronto, la mujer le señaló el ángulo que formaba el alero de la chabola con el muro de la viña. En un rincón invadido por las telarañas, asomaba una protuberancia viscosa. El viñador dirigió hacia allí la vara.

—¡Ya te tengo, estás perdida!

Pero su mujer le retuvo el brazo.

—¡No, no! Es mejor combatir el fuego con fuego —le sugirió, con voz suave pero firme.

El viñador asintió con la cabeza y, sin pronunciar palabra, entró en la chabola.

El resto de vendimiadores, sobrecogidos, asistíamos a la escena en completo silencio, incapaces de comprender la súbita transformación de la pareja. ¿A qué venía aquella sarta de conjuros y espavientos? Yo siempre había tenido al viñador por una persona juiciosa, con los pies bien asentados en el suelo, tanto en los negocios como en la amistad, y me resultaba imposible establecer relación alguna entre aquel repentino desvarío y la prudencia que siempre había estimado en él.

Al rato, el viñador salió de la chabola con una botella de alcohol y un trozo de esparto. Ató el esparto a la punta de la vara y